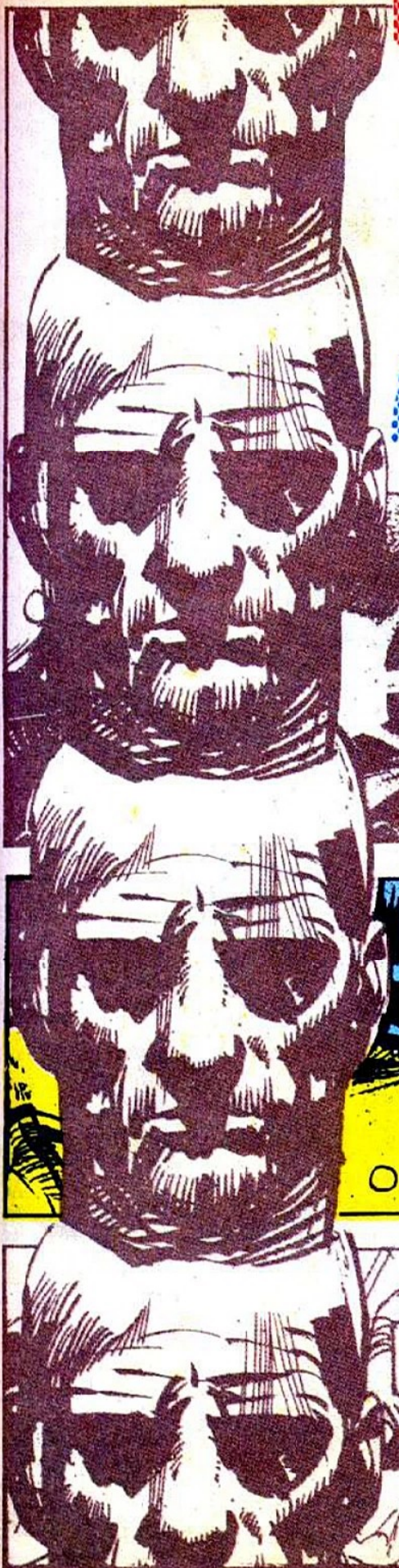


**YO VI A  
GILGAMESH**

**BUSCANDO  
SU MUERTE**

Por **ROBIN WOOD**

**DIBUJOS DE LUCHO OLIVERA**





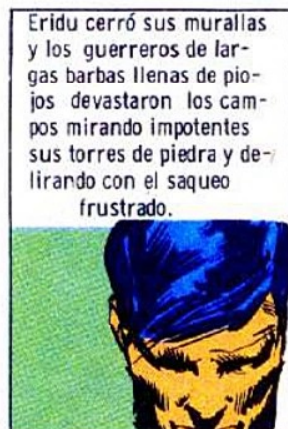
Era tiempo de cosechas en las tierras que se extienden más al sur de las murallas de la ciudad de Eridu, debajo de uno de los grandes ríos, el Buranum. Era tiempo de que los frutos se abrieran al sol y que las manos de los labradores recogieran el trigo, el alimento, la vida...



Pero la cosecha florecida era cosecha de humo, de fuego, de buitres en bandadas negras, de cuerpos hediendo en los campos pelados, de regueros de esqueletos de caballos y escudos abandonados. Cosecha de guerra.



Miré a ambos lados aquel escenario yermo, que hablaba de un pasado de luz y de vida. Ahora, nada.



Eridu cerró sus murallas y los guerreros de largas barbas llenas de piojos devastaron los campos mirando impotentes sus torres de piedra y delirando con el saqueo frustrado.



Y bajo mis sandalias las cenizas estaban calientes aún y la sangre no había terminado de secarse. La matanza de hombres y animales fue enloquecida y estúpida.



(Rondarán alrededor de Eridu hasta que no puedan conseguir más alimentos y esto será pronto. Han quemado todo, hombres estúpidos.)



(Me conviene desviarme de estos caminos. Muchos de esos guerreros saben que Luggal-Zaggizi daría una carreta de oro por la cabeza de Nippur de Lagash.)



(Muchos saben que el tirano de Umma no puede conciliar el sueño tranquilo sabiendo que el hombre que no pudo matar en Lagash corre vivo, libre y armado por los caminos.)



Sonreí duramente a los campos quemados y a los esqueletos de caballos.

(Y hace bien en no dormir. Ya le brindaré yo el descanso eterno el día que lo tenga cerca de mi espada.)



(Allá hay un hombre junto al camino. No es guerrero. Tal vez me pueda dar novedades de lo que ocurre.)



Salve, forastero.



¿Qué deseas?

Alzó con lentitud su hermosa cabeza pensativa y los ojos extrañamente antiguos me miraron desde su silencio. Vestía como un viajero y llevaba espada y morral.



Mi nombre es Nippur y busco senderos tranquilos para poder llegar hasta Eridu sin tropiezos. ¡Ayúdame!



Su rostro helado tenía un hálito de grandeza y soledad, una soledad total cobijada en sus pupilas inmemoriales.

¿Tú eres el hombre de los caminos? ¿El de los cantos de vagabundos? ¿El de Lagash?

Si. Soy el hombre de Lagash.



Presta atención, entonces, a lo que te digo. Sigue por el sendero de las rocas. El sol arde en él y nadie lo vigila. Te llevaré a Eridu.



¿Y tú? ¿No temes que te hagan daño al hallarte?

Nada pueden quitarme.



La vida...

Nada pueden quitarme...



Adiós, entonces, y gracias por tus informes.

Adiós, Nippur de Lagash. Buena suerte.



Me alejé por el sendero, vacilé y me detuve. A la luz crepuscular y entre las negras columnas de humo, él seguía silencioso en sus visiones.

Tu nombre... ¿Cuál es tu nombre?



Desvió sus ojos de la visión distante entre las humaredas y me miró. Habló bajo.

Gilgamesh.



No nos dijimos más y le di la espalda alejándome hacia las murallas lejanas de Eridu.

En alguna parte un perro aulló lúgubemente. Por todas partes aleteaban los buitres. Gilgamesh, seguía perdido en alguna visión misteriosa.



Esa noche franqué las murallas de Eridu y los centinelas ebrios de frío y de sueño casi me degollaron por hacerlos apartarse de sus hogueras, pero al fin...

Pasa. Mientras estés en la ciudad tendrás que ayudar si sufrimos algún ataque.

Busqué por las calles tortuosas y llenas de basura hasta encontrar una barraca con luz y voces. Entré en ella y...

Tengo este anillo. Dame comida y vino a cambio.



Hmmm. Está bien.

Dime. ¿Has oído hablar alguna vez de un tal Gilgamesh?



Como el fuego que se apaga siseando bajo la lluvia, así se extinguieron las voces al conjuro del nombre. Un silencio total se hizo a mi alrededor.

¿Qué ocurre? ¿A qué se debe esto?



¿Has visto a Gilgamesh, viajero?

Sí. ¿Por qué? ¿Quién es él?



El es el inmortal.

Recorrí con mis ojos los rostros que me rodeaban y en todos vi una luz temerosa. Sonreí.



¿Te burlas de mí?

No, viajero. Es la verdad. Ese hombre es Gilgamesh, el hombre sin muerte. Fue rey de Uruk durante las épocas en que las espadas eran de piedra. No sabemos cómo se estancó su edad igual que un río que no corre y quedó petrificado en su madurez.

Tuvo hijos, nietos e hijos de sus nietos que envejecieron y murieron. El sigue allí, en su edad inacabable. El...

El chirrido de la puerta lo interrumpió. Todos volvieron la cabeza y vieron recortada en el hueco de piedra la silueta alta, de hombros tan anchos que casi tocaban los costados, del hombre que viera en el camino.



Es Gilgamesh...

Es el inmortal... Vayámonos...



Nos volvemos a ver, hombre de Lagash.

Así es, Gilgamesh, hombre sin muerte.





Veo que ya las moscas han puesto huevos en tus oídos.

Quando son muchas las moscas es inútil no querer oír su zumbido. ¿Eres lo que ellos dicen?



Sí. Soy un hombre que camina sin la sombra de la muerte.

Es difícil de creer.



¿Cuántas cosas has visto que llamaste imposibles, hombre de Lagash? ¿Cuántos mares de misterio has vadeado?



Tienes razón, Gilgamesh. He visto flores que gritaban y he oído a los cuervos reír. He visto a las aguas cortar caminos por rencor y a cadáveres convertirse en espuma por un deseo de esperanza. A pesar de ello a veces mi mente de hombre reacciona como mente de hombre y cree en los imposibles.



Hablaba con un frío desapego y tal sensación de indiferencia que no le pude discutir.

Somos dos solitarios. Háblame, si quieres, de tu secreto.

¿Te atreves a oírlo?



Yo era rey en Uruk, era joven, fuerte y temido pero no era bastante para mí. Eran días en que los dioses estaban cercanos aún y tu voz los alcanzaba. Yo quería ser inmortal como ellos. Los odié y maldije por ser un humano.



Busqué plantas extrañas en las rocas inaccesibles y en los mares profundos, inútilmente. Presté oídos a hechiceros y charlatanes y por fin tuve que resignarme a la muerte.



Pero un día vi una luz en el desierto y curioso fui hasta ella y hallé a un hombre herido y fracturado a quien auxilié. Era un gran sabio que llegó desde las estrellas en un gran carro de bronce blanco. Me ofreció la inmortalidad como recompensa y acepté. Era mi sueño realizado.



Me bañó con fuego verde que no quemaba y luego volvió a las estrellas. Creí que se había burlado de mí hasta que en un combate una lanza me atravesó el corazón. Simplemente me reí y arranqué la punta de piedra y seguí peleando.



Y los días se hicieron años y vi morir generaciones enteras de quienes yo era un lejano antepasado. Amé a mujeres a quienes llegué a ver desdentadas y calvas y vi derrumbarse de vejez las murallas que yo hiciera levantar.

La gente te teme...

Me temen los que no comprenden. Los que no me temen me envidian porque también quisieran ser inmortales.

¿Y tú, Nippur? ¿Qué piensas?

¿Yo?

Yo nada, Gilgamesh. He vivido mucho y sé que es de hombre prudente el no emitir frases apresuradas. Yo no lo haré.

Veo que tu fama de sabio es justificada.

Veo que las moscas también han sembrado huevos en tus oídos.

Brindemos, Nippur. Tú dijiste bien antes que somos dos solitarios. Brindemos por nuestros caminos extraños.

Brindemos también por las mujeres amadas y los amigos de ayer, Gilgamesh.

Así choqué mi jarro de vino con el inmortal en Eridu, en la taberna, mientras en el exterior las hordas sitiadoras allaban junto a sus fogatas. El resplandor teñía todo de rojo a nuestro alrededor como un presagio.

Y entonces resonó el grito...

¡Cuidado, han arrojado escalas contra las murallas! ¡Todos a defenderlas!

De un salto tomé mi espada y mi lanza. Sólo cuando corrí hacia la puerta vi a Gilgamesh aún sentado.

¿Tú no vienes?

¿Para qué? Todos los que combaten allí afuera morirán de una manera u otra. ¿Para qué luchar?

¡Sí. No es tu lucha.

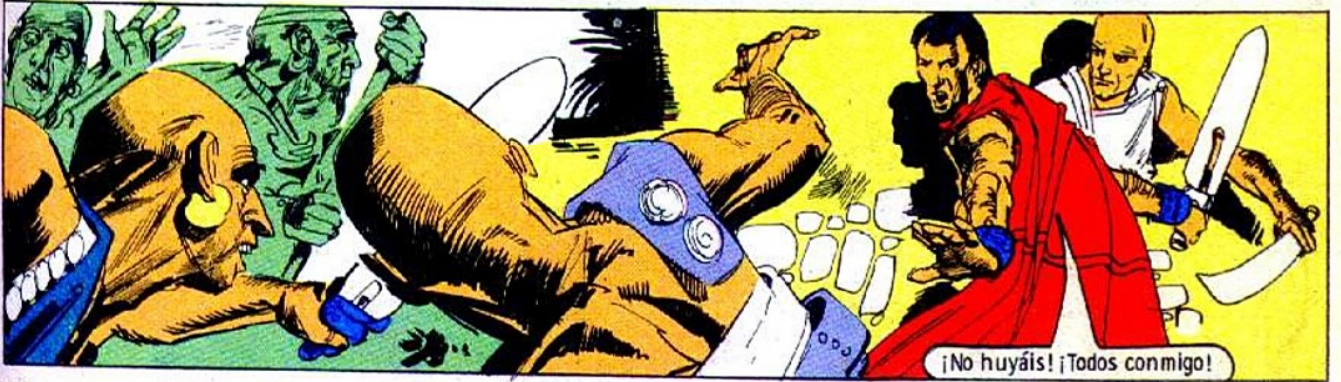
¿Y la tuya?

Yo soy un mortal, Gilgamesh. Y mis días están amasados de sangre. Yo debo ir.

Espera, entonces. Te acompañaré.



Las murallas eran un infierno de fuego, sombras y gritos y la confusión golpeaba los bastiones con más fuerza que los arietes. Los atacantes hormigueaban locos de codicia.



¡No huyáis! ¡Todos conmigo!

Grité como un loco y maté a uno o dos que querían huir. Los demás, enloquecidos de confusión, se agruparon a nuestro alrededor.



¡A las murallas! ¡Echémoslos de una vez!

Como una oleada embravecida que regresa, la muchedumbre erizada de lanzas embistió a los atacantes. Un grito inmenso hizo palidecer a la noche.



Me abrí paso entre las cabezas barbudas moviendo mi espada con dos manos y sintiendo la sangre salpicarme. Tenía los dientes enclavados y los ojos fuera de las órbitas, casi...

Derribé enemigos de izquierda y derecha, a filo y punta; los trituré con mis manos cuando mi espada se perdió; hallé un hacha y clavé un corredor de carne...



¡Fuera!

Hasta que la aurora espantada iluminó vacilante la fuga desordenada, despeñada murallas abajo de los atacantes...



¡Hemos vencido!

Pero...



¡Gilgamesh! ¡Dioses! ¡Te han...!



Cálmate, Nippur...

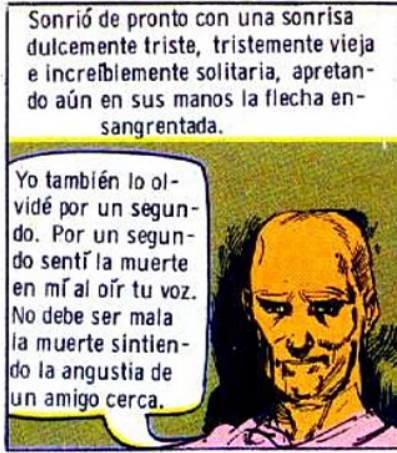


Cálmate. ¿Olvidas quién soy?



Miré su rostro pálido y nostálgico e involuntariamente retrocedí un paso. El me observaba con la flecha ensangrentada en las manos.

Sí. Lo olvidé por un momento...



Sonrió de pronto con una sonrisa dulcemente triste, tristemente vieja e increíblemente solitaria, apretando aún en sus manos la flecha ensangrentada.

Yo también lo olvidé por un segundo. Por un segundo sentí la muerte en mí al oír tu voz. No debe ser mala la muerte sintiendo la angustia de un amigo cerca.



Tú y yo hubiéramos sido grandes amigos.

Tal vez lo somos.



No. Nunca lo seremos. Nunca un hombre podrá ser mi amigo. Jamás.



¡Eh, vosotros! ¡Perros sumerios! ¿Quién quiere combatir conmigo? ¿Hay alguno que sea capaz de descolgarse de esas murallas donde se ocultan como viejas?



¡Espérame, cerdo asesino! ¡Allí voy!



Déjame ir, Nippur. ¿Para qué te arriesgarás tú?

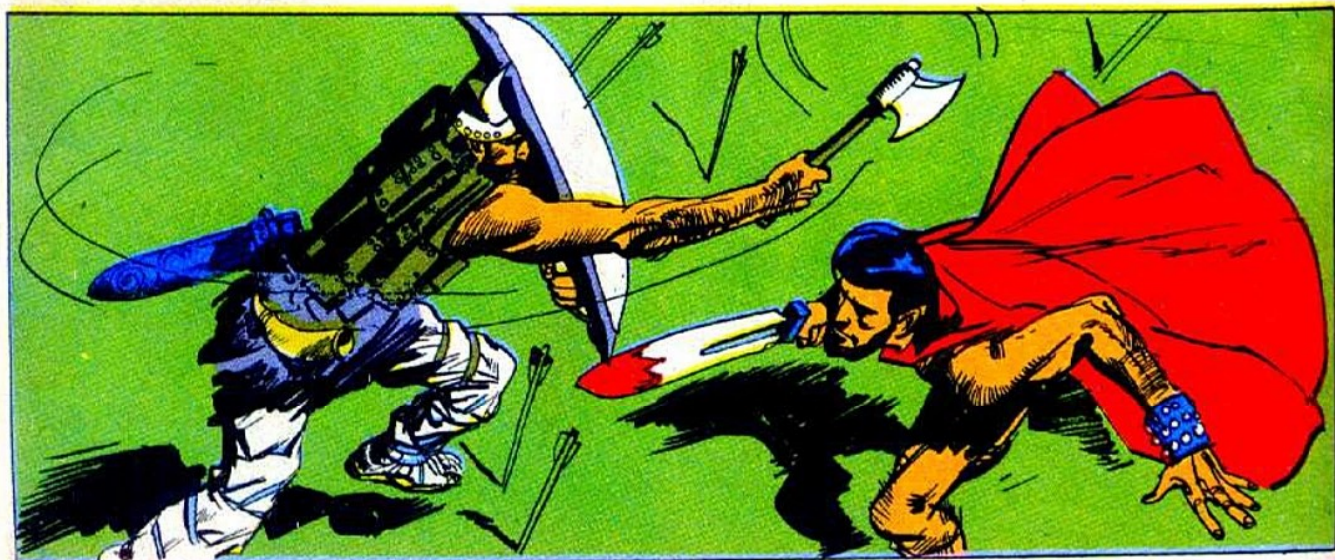
No, Gilgamesh. Si fueras tú, no seríamos justos. Si fueras nos burlaríamos de los dioses. No. Iré yo.



¡Espera! ¡No...!



Me descolgué desde las murallas y vi venir a aquel peludo hombretón. Tal vez era un estúpido que solamente soñaba con una fama que se cantara en los fuegos de los campamentos.





Un tremendo alarido de júbilo retumbó a todo lo largo de las murallas. Ebrio de sangre grité...

¡Aún hay más espadas para los que las quieren...!

En ese instante las grandes puertas de Eridu se abrieron bramando y una muchedumbre se desbocó por ella. Gilgamesh iba al frente.



Los atacantes asesinos no se esperaban aquello. Fue como una avalancha sobre su campamento donde la mayoría se había tendido a reposar tras haberse sacado las corazas. Nunca tuvieron tiempo de calzárselas otra vez.



Fue el delirio de la muerte. Las tiendas fueron incendiadas y un vértigo de filos y flechas se encendió como una tormenta marina. Y sobre todo ello, Gilgamesh flotaba como un estandarte.



Luego, hasta el último grito cesó...

Lo busqué entre los que volvieron y no lo hallé. Lo busqué entre los muertos y me reí de mi estupidez. Lo busqué hasta que lo hallé caída la noche.



Gilgamesh. ¿Qué haces?

Alzó su hermosa cabeza plateada de luna y vi en sus ojos una sombra negra y terrible. Me miró, ciego y solo en ese campo de muerte, entre ese mundo de muertos olientes a sangre y pelo quemado.



Nippur...

No has vuelto a la ciudad.



No. Allá han vuelto los vivos que festejan su victoria sobre los muertos. Yo he quedado en el lugar que me corresponde.

No te entiendo...

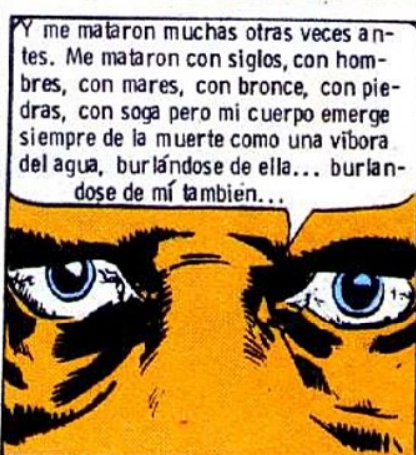


Yo no soy el inmortal como todos me llaman, Nippur. Yo soy el muerto eterno. Soy solamente un espectro deambulando sobre la Tierra. Un cadáver que allenta.

Encabecé ese ataque para cuidarte, para que tu vida estuviera a salvo. Pero luego, durante la batalla, sentí lanzas y espadas atravesándome como las sentí tantas veces antes. Me mataron tres veces esta tarde.



Y me mataron muchas otras veces antes. Me mataron con siglos, con hombres, con mares, con bronce, con piedras, con soga pero mi cuerpo emerge siempre de la muerte como una víbora del agua, burlándose de ella... burlándose de mí también...



Mi cuerpo vive pero mi alma se ha muerto, Nippur. Se ha muerto en mis innumerables muertes, en mis innumerables resurrecciones, en mis miles de años. Soy como la vacía cubierta de una tortuga muerta.



¡Estoy muerto! ¡Me oís, vosotros, los muertos? ¡Yo también estoy muerto!



¡Pero no me dejan morir! ¡No puedo!



No puedo...



Quisiera morir... Quisiera saber que voy a morir para poder mirar los ojos de una mujer y no ver ya su esqueleto a través de ellos... Quisiera saber que me acerco a mi tumba para amar los días que se extienden ante mí...



Y ese día te recordaré, Nippur, hombre de Lagash. Y cuando sepa que mi muerte humana, viva, lógica, me espera, entonces te recordaré y tal vez resucite en mi corazón el sentimiento que me hizo hoy lanzarme murallas abajo para protegerte.



Amigo...



No. No podemos ser amigos, Nippur. Tú estás vivo y yo estoy muerto aunque no lo parezca. Debo esperar por mi vida para volver a ser un hombre y no un fantasma.



¿Qué harás?

Buscaré al mago de las estrellas y le pediré que me devuelva mi muerte. Que me la devuelva para vivir otra vez. Lo buscaré hasta hallarlo esté donde esté. Algún día lo encontraré.



Tal vez entonces pueda llamarte "amigo", estés donde estés. Tal vez nos encontremos en otro lugar aunque yo tarde mucho en llegar. Un día mi espíritu vivo encontrará al tuyo.



Hasta ese día... Adiós...



Adiós, Gilgamesh.



Tú que oyes esta historia, tú que tal vez la descifres desde los pergaminos o las palabras, detente, alza tu vista, mira a tu alrededor...



¿No ves, tal vez, a Gilgamesh?  
¿No ves al inmortal buscador de la muerte cerca de ti? Mira bien... Mira con atención... Yo lo vi. Buscaba su muerte. ¿Sabes, tú que me oyes, si la ha hallado?

FIN